

# EL MARTILLO

PERIODICO INDEPENDIENTE

Organo de la Asociación del Gremio de Toneleros

No se responde de los originales firmados

La correspondencia al Director

ESCUELAS, 12

Se reparte gratis a los Asociados.

SE PUBLICA LOS VIERNES

## LA CENSURA

Desde el día 26 del pasado Junio estamos sometidos todos cuantos escribimos a una severa censura, que no permite blancos en lugar de los artículos tachados por el lápiz verde, ni tratar de los asuntos siguientes:

- Cuestión militar.
  - Movimiento de tropas.
  - Juntas de defensa.
  - Manifiestos y proclamas societarias.
  - Mitines y huelgas.
  - Movimiento de buques de guerra.
  - Torpedeos de barcos nacionales o extranjeros en aguas jurisdiccionales.
  - Exportaciones; y
  - Comentarios sobre la guerra.
- Tenganlo en cuenta nuestros asociados, que así podrán explicarse este silencio sobre asuntos que nos tocan tan de cerca.

## Lo que ha sido, es y será la organización

Todos los organismos, sean del orden que fueren, su primer período es plétora de entusiasmo fugaz, por no tener sus asociados los conocimientos precisos de lo que es la colectividad, ni los medios a emplear para conseguir aquellas aspiraciones objeto de su creación.

No obstante las sociedades de resistencia se han constituido, no para un ideal limitado donde hayan encontrado enseguida sus adeptos la satisfacción apetecida, sino para algo más interesante y altruista que el vago concepto que algunos inconscientes tienen de ella.

Dentro de estas lides, el ele-

mento obrero por su carácter de tal, tiene obligación de intruirse y capacitarse en la medida de lo posible y su profesión le predispone con facilidad a la ampliación de conocimientos que constituyan o formen al hombre en condiciones de ser útil, no sólo a la familia, sino a la Humanidad.

Ha sido suficiente aquella condición para que nosotros nos hayamos colocado en cinco años de vida colectiva a buena altura de capacidad societaria, a pesar de las circunstancias en la homogeneidad de nuestra unión y la extensión que ha de darse a un movimiento como el nuestro.

Ahora bien, entre nosotros hay compañeros que se preocupan de cosas que directamente nos atañen, cuales son las cuestiones sociales, dedicando algún tiempo—del poco que tenemos libre los trabajadores, porque se lo debemos al descanso—para ilustrarse teórica y prácticamente, y luego aportar esos conocimientos al seno colectivo.

Esto es un bien tan provechoso para la clase trabajadora, que si toda ella se diera perfecta cuenta del valor que en sí encierra, y abandonando el camino equivocado que lleva emprendiera este otro limpio de espinas y abrojos, abriendo sus cerrados ojos ante belleza de ideal tan sublime, otra suerte correríamos y otra actuación más rápida y eficaz sería la nuestra.

Pero, a pesar de todo, hemos ganado mucho terreno con nuestra actuación y propaganda, tanto oral como escrita, elevándonos moral y materialmente, incluso algunos compañeros, des-

orientados y viciosos, que, próximos a las puertas de la degradación, de la vileza y ruina, hoy por completo regenerados, son propagandistas de la organización, e inculcan a otros compañeros la belleza del ideal societario.

Nuestra organización padece de un defecto de consideración, y debemos procurar hacerle desaparecer a la mayor brevedad, para que nuestros compañeros se despojen de lastre en vez de acumularse más.

Se trata de la duración que puede tener un movimiento huelguístico de esta naturaleza.

En tiempos de preparación para la formación y constitución de nuestra entidad, aquellos queridos camaradas emplearon en la propaganda un arma que ha encarnado en los toneleros, y que es irremisiblemente preciso se den cuenta de ella.

La afirmación que en aquel entonces se hacía no trato yo de negarla, sino afirmarla más aún, por ser de tan suma veracidad que cualquiera inteligencia la ve con claridad meridiana.

Una huelga, hemos de tener en cuenta, puede ser de más o menos duración, según se desarrolle la profesión que la plantee y la oportunidad en ella.

Así tenemos que los metalúrgicos u otro arte cualquiera hace unas reclamaciones a sus patronos, y ante la negativa de éstos abandonan todos el trabajo como un solo hombre, *sin que haya uno solo que traicione la causa*, y llevan en ello una ventaja para su solución, cual es la del triunfo completo y seguro; pero será preciso sostenerse en sudcedida ac-



titud por tiempo indefinido, según los grados de intransigencia en que se hallen colocados los patronos.

Pero nosotros, si sentimos necesidad de reivindicación y aunamos todos nuestros espíritus en uno solo, *sin llegar a tener de casa quien nos traicione*, podemos asegurarlo firmemente, nuestro triunfo no se hará esperar.

De ahí que nuestros estimados compañeros emplearan con sumo acierto una oratoria que expresase uno de los medios para encontrar pronta solución en nuestra lucha.

No es necesario impacientarse; hay que tener gran dosis de calma para no desorientarse, y conviene sea bien recogida esta teoría, por ser ciertísima.

Según el número de los individuos que nos traicionen, así será de larga la duración de nuestros futuros movimientos, pero un deber de asociado exige ser celoso guardador de la salud colectiva, y para ello es necesario que cada asociado se convierta en un propagador de la bondad de nuestra organización, salvando de esa forma a compañeros que se hallan al borde del contacto venenoso que ultraja nuestra dignidad colectiva.

Llevándolos a nuestro lado para cuando se aproxime una lucha, y unidos a nosotros, despleguemos en seguida la bandera, que no debe ser traicionada y sí fuertemente amparada hasta colocarle los lazos de futuras victorias.

C. M.

## El alma humana (1)

Allá por el mes de Marzo de 1912 y con motivo de darse conferencias, para obreros, en la Universidad hispalense, un señor catedrático, al tomar parte en las mismas, trató de la existencia del alma, tema que, como sabemos, es bien discutido por escuelas filosóficas.

Decía el catedrático lo que

transcribo, tomado de un periódico al hacer la reseña de su discurso: «A dos escuelas reducen las que han tratado de investigar la esencia del hombre: la espiritualista y la materialista.

La escuela materialista dice que el hombre no es más que materia, y niega la existencia del alma.

La espiritualista, que el hombre no se compone más que de dos sustancias: materia y alma».

El periodista dice que al llegar a este punto hace un párrafo de gran elocuencia para demostrar la existencia del alma, y continúa con otros párrafos del ilustrado conferenciante, que dicen así:

«El hombre que ha remontado una gran parte de su existencia, al meditar acerca de hechos de su vida pasada, recuerda cuanto realizó desoyendo las voces de la conciencia.

No me explico en lenguaje de fisiólogo o de médico. Hablo de modo experimental.

Mientras el cuerpo está sujeto a las leyes de la limitación, porque es materia, la voluntad, el cerebro, que es más rápido que la luz, se transporta a donde el deseo del hombre quiere».

Otro conferenciante, el jesuita Arnáiz, para probar la existencia del alma decía a sus oyentes lo que copio: «A veces cuando os habeis encontrado enfermos y doloridos de algún miembro, habeis dicho: no puedo con este cuerpo... Ahí teneis la solución, dos personas distintas, el consorcio del alma con el cuerpo».

El padre Zacarías, en un párrafo de un discurso, tributado como homenaje a Menéndez y Pelayo, decía:

«...prueba notoria de la espiritualidad del alma humana porque la materia es incapaz de contener en la mezquina extensión de un cerebro tanto caudal de ideas y de resplandores.»

Y el Sr. Vázquez de Mella, por igual concepto que el padre Zacarías, manifestaba lo siguiente:

«Suponed que la Humanidad entera cree en nuestro símbolo; suponed que practica nuestro de-

álogo; suponed que el *sermón de la montaña* inflama todos los corazones, y decidme si la tierra no parecerá una colonia del cielo; pero poned enfrente de eso una sociedad en donde el hombre crea que la tumba no es pórtico de la inmortalidad, sino la frontera de la nada; suponed que no tiene alma espiritual y que toda la vida y que todas las cuentas se liquidan acá, en la tierra, que no es más que un puñado de materia agitada por instintos, que no tiene libertad ni responsabilidad, que las ideas de justicia, de derecho, de mérito, de demérito, de virtud, son manifestaciones de la fuerza, consiguientes, necesarias, fatales, que son enfermedades, como ha llegado a decirse, que pueden ser hasta la virtud y el vicio, según frase de un positivista, dos productos, como el vitriolo y el azúcar; hacéd creer eso a una sociedad, suprimid todo ese fondo moral que la ha hecho grande, y con él toda abnegación, todo sacrificio, todo heroísmo, todo martirio, y decidme: ¿qué es eso? ¿Es una sociedad humana? No; eso es una yeguada sin instinto».

Todo lo que hemos copiado de los sabios como de los ilustrados hombres, que honran sobremanera a la escuela a que pertenecen, viene a decirnos que el estudio del hombre no lo hacen por medio de la fisiología, que trata de las funciones de los seres orgánicos y los fenómenos de la vida en estado de salud.

Para ellos, el alma humana la toman como substancia espiritual e inmortal y que constituye la esencia del ser humano, substancia incorpórea dotada de razón, un don sobrenatural, en fin.

Y, sin embargo, por mucho que se esfuercen estos hombres, por grandes talentos que sean en querer demostrar lo indemostrable, tienen que convenir en que la existencia del alma espiritual es un problema insoluble.

Sí, señores católicos. Como todas las ideas visionarias de la humanidad infantil, nació de su ignorancia de los fenómenos naturales. Por eso, a medida que la

(1) De un trabajo inédito.



ciencia progresa pierde adeptos esa teoría. Esto sólo es un importante indicio de que es errónea.

La razón y la ciencia, siempre de acuerdo, nos suministran pruebas poderosas contra tan ilógica doctrina que no tiene más razón de ser que la de los duendes y brujas.

A. RENATO.

(Continuará).

## Plumas selectas.

Parrafada filosófica  
ante una estación  
- - de ferrocarril - -

Quando vemos pasar en larga formación muchos niños vestidos pobremente con trajes de la misma tela y del mismo corte, iguales las gorritas, las corbatas y los zapatos, decimos:

—Ahí van los niños del Hospicio.

Quando atravesamos España de Norte a Sur, desde San Sebastián a Granada, y vamos viendo unas tras otras nuestras miserables estaciones de ferrocarril, cortadas todas por el mismo patrón, ocurre también decir:

—¿Esto es una Nación o un Hospicio?

Y se nos presenta en su entera desnudez el desamparo de ideas en que vivimos. Porque no cabe decir que eso nos ocurre por ser pobres, por habernos visto obligados a recurrir al capital extranjero, por haber tenido que aceptar esas estaciones, tales como fueron ideadas en un gabinete de París o Londres por un ingeniero o arquitecto, a quien ésta o aquella Empresa encargó los planos de tantas a 5.000 ptas., tantas a 10.000 y tantas a 20.000. Si tuviéramos buen gusto, no nos hubieran faltado medios para transformar esos engendros de la economía en algo que estuviese acorde con nuestro espíritu local. En Francia y en Bélgica, donde también cayeron en el mismo error por falta de sentido estético, hoy han cambiado de tal modo que al construir o reedificar una estación confían la obra a artistas de renombre, como si se tratara más que de una obra de utilidad, de una obra de arte. Las estaciones de ferrocarril son la entrada forzosa de las ciudades y dan la primera impresión de ellas. Y una primera impresión suele ser el núcleo alrededor del cual se agrupan las impresiones sucesivas.

En otros países, especialmente en Alemania, cada estación es una obra de arte en su género, y encaja tan admirablemente en la ciudad en que está enclavada, que se diría haber sido construida hace siglos, cuando fundaron la ciudad. La idea de estas construcciones no ha salido de un cerebro sólo, sino que es la obra común de una nación. Y mientras en esos países el ferrocarril es algo, aquí no es nada. ¿Qué valor ideal tiene un tren para que se le considere como algo independiente del resto de las cosas, para que se le mire como un elemento extraño en nuestras costumbres? Es un coche grande que anda deprisa; no tiene derecho a imponernos un nuevo tipo de arquitectura prosaica; debe someterse; si la ciudad es gótica, que la estación del ferrocarril sea gótica, y si es morisca, morisca.

Ningún pueblo es más acreedor que el nuestro a que le doren la píldora, esto es, a que le doren el ferrocarril. Carecemos del genio mecánico y se nos hace muy cuesta arriba tragar los adelantos materiales. No se olvide que si hay muchos que piden ferrocarriles, porque ya no pueden pasar sin ellos teniéndolos los demás, hay aun algunos que se complacen en apedrear los trenes, y aunque a éstos les llamemos cafres, sabemos que son nuestros compatriotas. Pero dudo mucho que a ninguno de los que están llamados a entender en el asunto se le haya ocurrido la idea de intervenir; hemos tomado el ferrocarril como nos le han traído, sin hacer la más ligera observancia y le tenemos en la misma forma en que le podrían tener en el otro lado del Estrecho.

No es la pobreza la causa de este y otros muchos abandonos. Sin dinero, debiéndolo todo en la tienda, hay hombres y mujeres que salen a la calle hechos unos pimpollos. La causa, ya antigua, de nuestros males es la falta de cabeza, allí donde debe estar la cabeza.

La estación de ferrocarril es el símbolo de nuestra incapacidad política y administrativa; pero en esa y en otras muchas cosas debe consolarnos la idea de que están hechas para que duren poco; tienen un plazo de vida marcado por los constructores, y cuando hay error aun salimos gananciosos. Hay muchas estaciones que no podrán tirar hasta el día en que los ferrocarriles pasen a manos del Estado, aunque el propósito fuera que tiraran. Lo interesante, pues, es tener ideas y

colocarlas en donde deben estar, en los sitios más altos; que la inteligencia no viva subyugada por la petulancia de los audaces y pueda lentamente transformar las cosas a medida que las cosas lo vayan permitiendo.

ANGEL GANIVET.

(De su libro *Granada la bella*.)

## ¡Vaya con la censura!

Ingrata es la profesión periodística, por regla general; pero lo que es en estos días de la etapa autocrática del Sr. Dato se está poniendo imposible. La prensa se ha jugado en este período su prestigio y su dignidad, pues ya no se pueden concebir mayores afrentas y humillaciones. Para mayor ignominia, los diarios aun siguen publicándose, cuando se debía haber ido a la suspensión total de todos los periódicos españoles.

Vale más abrir un paréntesis en la vida de la prensa que convivir con vilipendio y de la merced de los censores.

En Madrid ha habido diario al que se le han tachado hasta las reseñas de las corridas de toros y el anuncio de los quioscos donde se vendía. Aquí, en Barcelona, hemos visto, porque al fin somos periódicos «de provincia», los absurdos más inconcebibles y las exageraciones más ridículas. Parece que la censura se ha repartido entre los cerebros más hueros y entre los criterios más obtusos.

La verdad que es cosa que enciende la sangre y hace rechinar los dientes el que un cagatintas cualquiera, que en su vida ha hecho labor más meritoria que pegar obleas y atar los legajos con balduque, de la noche a la mañana se le erija en árbitro y censor de hombres cuyos escritos e inteligencia no pueden comprender ni concebir aunque vivieran mil años.

En el Gobierno civil todo el mundo ejerce ahora de censor, desde su excelencia al último portero y ordenanza. Con frecuencia se oyen allí diálogos como estos:

—Tú, Serapio, bájate al «bar» de la esquina y que suban dos cafés... ¡Ah! Y de paso échate una mirada a ese artículo de «El Progresista» y lo que no te guste lo borras, y así me ahorras trabajo.

Y el pedazo de atún a quien se le confieren tan altas funciones, mientras se tira al colete ante el mostrador diez céntimos de aguardiente, le dice al chico:

—Mira, le acabo de dar un dis-



gusto a un «deputao». Le he «dejao» un artículo hecho una pasta... No, y que no chiste, que si se me atufan los bigotes mañana le meto en la cárcel... Ya nos tiene dicho el «gobernaor»: al que tenga más humos a ese le dejais los artículos que no los «conozca» ni la madre que los ha parido.

—¡Anda leñe, el señor Serapio censurando!...

—¿Pos qué te habías figurao?...

En las oficinas, gente que en su vida ha escrito más que cartas a su familia, de esas que comienzan: «La mía es buena, a Dios gracias», y terminan, «Recuerdos a todos los que pregunten por mí, y ustedes reciban el cariño de su sobrino, que lo es...», ahora se pavonean siempre con el lápiz en la mano, y se dicen unos a otros:

—¿Qué te apuestas a que le tacho todo el artículo a ese tío? Pues ¿no se viene hablando de la cultura helénica y del señor Venizelos? Vamos, a este le mojo yo la oreja, y como no sabrá quién es...

—Tú, Gutiérrez, escucha este párrafo de «La Catarata»: «Si creyéramos en la metempsicosis diríamos que el Sr. Dato había animado antes el cuerpo de Nerón...» ¿Qué quiere decir «metempsicosis»?

—No lo sé; pero debe ser cosa de tocinería: míralo en el Diccionario, no te «coles».

—¡Cualquiera coge ahora el Diccionario! Está con dos tomos de Alcubilla supliendo la pata que le falta al banco del pasillo...

—Pues bórralo todo, no sea que Matos te dé un achuchón.

Otro exclama regocijado:

¡Anda la osa! ¡Vaya un tío animal... Aquí hay uno que escribe «al-cool» con hache...

—Será algún novato; mientras no «haiga» una Academia para periodistas se «necesita» un ojo para censurar que me río yo...

La verdad que a la medida arbitraria que representa la censura en la centuria vigésima, en la que hemos repetido mil veces que el pensamiento no delinque, se añade la afrenta de ser juzgados por quienes carecen de toda clase de aptitudes para estos menesteres.

Yo, con ser tan poca cosa, no reconozco a nadie en el Gobierno civil, desde el Sr. Matos al último ordenanza, con la cultura y las luces necesarias para juzgar el más chabacano de mis escritos. Se pasa por ello porque a la fuerza ahorcan; pero, como dicen por acá, «ya farem la pau», Sr. Dato y compinches.

FRAY GERUNDIO.

## ¡Oh, la Ciencia!

La ciencia moderna es el más bello de todos los poemas.»

Luis Bücher, *Luz y Vida*, página 87.

Los hombres de ciencia (salvo raras y honrosas excepciones) poseen un ruin corazón. Esto, lo digo yo.

Junto al lecho de una mujer parturiente, hállanse reunidas la madre, parientas y buen número de personas más, ansiosas de conocer al nuevo sér.

¡Ha de dar a luz! ¡Se iba a tener la dicha de abrazar y besar a un nuevo semejante!

Pero la fatalidad, que no deja inmiscuirse en los destinos humanos, no quiso que así fuera, y tras cruentos dolores, viene la suspensión de ellos; se retiran todos los síntomas del parto y no consigue dar a luz.

Inquiétanse los reunidos, y, como es natural, se avisa al médico.

¡Hay que recurrir a la ciencia! Hay que extraer artificialmente, del vientre de la madre, la nueva criatura. Pero el titular del pueblo, carece de temperamento (cualidad indispensable en todos los de su profesión), y no puede practicar la operación. Al momento corren presurosos por el médico de un pueblo limítrofe, que se hallará a unas tres horas de camino. Los que esperaban la llegada del doctor, como agobiados por un sombrío presentimiento, lloraban dolorosas lágrimas, pues a darle más viso de verosimilitud, a sus no infundados temores, venían a su recuerdo, casos análogos en otras mujeres con trágicos finales.

Por fin pasan las eternas horas, y llega; se practica costando el hacerla ¡ciento treinta pesetas, lector! Ciento treinta pesetas por operar a una mujer proletaria; a una pobre mujer que, el único medio de vida que tiene es el tan miserable como incierto jornal de su marido.

¿Quién no se indigna; qué conciencia no se subleva ante semejante monstruosidad?

¡Ah!, hombres de ciencia, émulos de Sancho Panza; mientras mayor es la falta que hacéis, cuanto más urgente es vuestra ayuda, más insensibles, más antihumanos os de-

mostráis. Hasta de la ciencia, que humana y racionalmente debiera aprovechar a todos por igual os servir vosotros para explotar y mortificar a los que, no habiendo podido adquirirla la necesitan.

¡Amor!, ¡Solidaridad!, ¡altruismo!, ¡ilusorias palabras!, ¡bellas mentiras! En una Sociedad, metalizada hasta la médula cual la presente, donde el que no lleve consigo un puñado de viles monedas, no valga, y sea considerado inferior a los demás, es una locura hablar de esas cosas.

RAFAEL FALGÓN.

## CRONICA TRISTE

El Martes de la presente semana dejó de existir una hija de nuestro compañero José Vega.

El gremio de toneleros le envía desde estas columnas a nuestro compañero y demás familia doliente el testimonio de su pesar para sobrellevar tan dolorosa pérdida.

El Miércoles 18 del corriente dejó de existir la madre de nuestro buen compañero Juan López Cepero Lazo.

La Sociedad de Toneleros le envía desde las columnas de *El Martillo* a nuestro compañero y demás familia nuestro más sentido pésame por pérdida tan irreparable.

E. P. D.

## Nuevas Directivas

La Sociedad de Toneleros «La Unión», de Chiclana de la Frontera, ha elegido nueva Junta directiva, quedando constituida de la forma siguiente:

- Presidente.—Diego Gálvez.
- Vicepresidente.—Eduardo Martínez.
- Secretario.—Juan Moreno.
- Tesorero.—Francisco Sánchez.
- Vocal.—Manuel González.